

Centro de Estudios Paideia/Politeia
Proyecto: *República, Escuela y Democracia*

INFORME SOBRE

Textos sobre el monarquismo

Juan Bautista Alberdi

Informante: Pablo Cerone

En el marco del proyecto *República, Escuela y Democracia. Paideia/Ploteia del Homo Sapiens-Amans*, la obra que se analiza en este informe se ubica dentro del Tercer Módulo: “Metamorfosis histórica de República, Histórica y Democracia”; en el punto b: “Itinerario histórico y textual. *Homo patiens amans idealista.*” *Textos sobre el monarquismo – Juan Bautista Alberdi*

La aventura monárquica de Alberdi

ABSTRACT: Este trabajo explora la defensa del monarquismo que Juan Bautista Alberdi realiza en la década de 1860, proceso intelectual que empieza con el ascenso de Mitre a la Presidencia de la Nación y culmina con una retractación unos pocos años después. La tesis central (que nace de la lectura de los textos alberdianos publicados en vida del autor y de manera póstuma) es que el monarquismo de Alberdi es una mera formulación política-institucional que esconde un fondo filosófico democrático.

PALABRAS CLAVES: Alberdi, monarquismo, democracia, republicanism

I. Introducción

1. El siguiente trabajo no tiene más ambición que llamar la atención sobre la incursión que Juan Bautista Alberdi hizo en el monarquismo durante la década de 1860. Ese episodio, un episodio más de una rica vida intelectual, tiende a ser minimizado por la mayoría de los autores que estudian la obra del autor tucumano. Así, por ejemplo, luego de señalar que muchos críticos vieron en Alberdi a un hispanófilo nostálgico de la colonia después de que se supiese que el tucumano tenía una visión favorable de la monarquía, Roberto Pucci anota: “en realidad, Alberdi nunca abdicó de su ideal republicano, del que se confesaba partidario ‘por instinto, por educación’”¹. Según esto, pareciera ser que reconocerles inquietudes monárquicas a nuestros intelectuales más distinguidos es una forma de agravarlos, más allá de que los textos hablen por si solos.

2. En contra de esa postura, este trabajo pretende explicar al monarquismo alberdiano en lugar de juzgarlo como un error momentáneo que el tucumano cometió debido a su desilusión por haber sido desoído en el proceso de organización nacional. Por ello, antes de abordar los escritos de Alberdi, este trabajo incluye una distinción entre democracia y monarquía que pretende contribuir a aclarar el verdadero sentido del monarquismo alberdiano.

II. A propósito de la democracia y de la monarquía

3. A la democracia se la puede comprender de dos maneras: o bien como una forma de gobierno, o bien como un modo de vida. Llamaré a la primera perspectiva “democracia superficial”, y “democracia profunda” a la segunda. Lo que determina que la democracia sea superficial o profunda es, evidentemente, el acceso efectivo al poder por parte de la mayor cantidad de individuos: mientras más individuos ejerzan el poder de manera efectiva en una sociedad, más profunda será la democracia de dicha sociedad.

¹ Roberto Pucci. “Juan Bautista Alberdi, pensador de la Nación Argentina democrática y federal”, estudio preliminar de: J. B. Alberdi. *Antología conmemorativa*. Honorable Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires, 2011, p. 26, n. 2

4. La dicotomía entre democracia profunda y democracia superficial adquiere una relevancia fundamental en el pensamiento occidental a partir de 1789. No es el caso de que antes de esa fecha la dicotomía no haya preocupado a más de uno, pero la Revolución Francesa le planteó al mundo la agudeza del conflicto de la manera más cruda, obligando a muchos teóricos a pensar soluciones a corto o largo plazo que intenten facilitar la penetración y la supervivencia de la democracia.

5. Ahora bien, así como he señalado que la democracia tiene, al menos, dos sentidos, cabe recordar que lo mismo sucede con la monarquía. Por un lado, la monarquía es un modo de vida estructurado en torno a la figura de la autoridad suprema de la cual emana un orden y una jerarquía; empero, la monarquía es también un régimen político con ciertos rasgos característicos (el más notorio de esos rasgos es el modo en que compone y hace funcionar sus instituciones). Por amor a la simetría, podemos también hablar, entonces, de una “monarquía profunda” y de una “monarquía superficial”.

III. Alberdi demócrata

6. Si nos remitimos al *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, obra juvenil de Juan Bautista Alberdi, se observará que la democracia –entendida como democracia profunda²– funciona aquí como un punto de partida. Es claro que Alberdi, al menos desde un plano ideal, está plenamente de acuerdo con la opinión de que la soberanía es una cuestión popular. Sin embargo cuando Alberdi cambia al plano de lo real, es decir cuando el tucumano analiza las condiciones materiales de la sociedad argentina de su época en los años posteriores a la redacción del libro citado, comprende que la democracia que defiende es, en buena medida, impracticable (y hasta inconveniente para el presente del país). Dicho de otro modo, desde mediados de la década de 1830 hasta principios de la de 1860, Alberdi se posiciona como un adherente y promotor de la democracia profunda –pero procurando mantener sus reservas

² Desde un punto de vista historicista, Alberdi señala: “Bajo la democracia, todo debe penetrarse de su espíritu”. J. B. Alberdi. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998, p. 19.

en torno a la democracia superficial—, luego revisará críticamente esa convicción suya.

7. El momento en donde se percibe el cambio de postura en Alberdi es durante los años que sucedieron a la caída del rosismo y el país se encontró fracturado entre Buenos Aires y las demás provincias. En *Bases y puntos de partida para la organización política de la república Argentina* el pensador tucumano pregunta retóricamente “¿cómo hacer, pues, de nuestras democracias en el nombre, democracias en la realidad?”³, exponiendo de ese modo su compromiso con la democracia profunda y, todavía, su elección de la democracia superficial (aunque en una versión peculiar, que él denomina “república posible”).

8. La obra *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853* viene a complementar a las *Bases*, aunque también tiene el mérito de recusar algunos de sus pasajes: el ejemplo más claro es el relacionado a la democracia. En efecto, en el mentado texto la palabra “democracia” casi no aparece⁴, y cuando lo hace tiene el propósito de sugerir que el concepto sólo es productivo si se encarna en el interior de un pueblo económica y políticamente activo, el cual no era el caso argentino. Es precisamente en la cuestión democrática en donde se nota la distancia que el Alberdi maduro del *Sistema económico y rentístico* toma del Alberdi joven del *Fragmento*: la democracia superficial está comenzando a desagradarle cada vez más, y a la democracia profunda deja ya de percibirla como una aventura filosófica para intentar traducirla como una tarea histórica, cueste ello lo que cueste.

IV. Alberdi monárquico

9. El capítulo XII de las *Bases* es una oda al concepto de República. Es que, al momento de redactar aquel texto, Alberdi era un convencido republicano, como, de hecho, lo había sido toda su vida (el tucumano no vacila en escribir

³ J. B. Alberdi. *Bases y puntos de partida para la organización política de la república Argentina*. Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998, p. 75

⁴ La palabra “democracia” aparece sólo dos veces, al igual que la palabra “democrático”. Vid. J. B. Alberdi. *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*. Ciudad Argentina, Buenos Aires, 2001

“nosotros los republicanos”⁵, tomando de ese modo un claro partido). No obstante, una década después de haber publicado las famosas *Bases* nos encontraremos a Alberdi criticando agudamente a la república y vindicando a la monarquía. Así, mientras en las *Bases* el tucumano señala que hay una república a la “que hemos proclamado, [y] que no podemos practicar hoy ni tampoco abandonar”⁶, en textos inéditos posteriores (publicados de manera póstuma) se mostrará a favor de desentenderse de la construcción de esa misma república a la que defendía con tanta fe y vehemencia. ¿Qué sucedió en el medio? Lo que a primera vista pareciera ser un viraje insólito, se explica a la luz de la circunstancia política.

IV.1. Alberdi contra Mitre

10. En 1861 Bartolomé Mitre venció a Justo José de Urquiza en la batalla de Pavón, lo que implicó que el bonaerense se convirtiese en presidente *de facto* primero, para ser después confirmado *de jure* en su cargo. Este episodio fastidió profundamente a Alberdi, quien no guardaba opinión favorable ni del nuevo presidente argentino ni de la mayor parte de sus colaboradores.

11. Alberdi aborrecía a Mitre, al punto de satirizarlo violentamente en *Las cosas del Plata explicada por sus hombres*. Allí anota: “[Mitre] pasó su niñez en la campaña de Buenos Aires entre los gauchos, de quienes aprendió ese menosprecio por la ley que él llama ‘espíritu de libertad’ –cuando le considera en sí mismo– o ‘caudillaje’ –cuando lo ve en los otros”⁷.

12. La animadversión alberdiana en contra de Mitre proviene, como es harto conocido, de sus interpretaciones discordantes del liberalismo. Vale decir, tanto Alberdi como Mitre se identificaron en vida como liberales, sin embargo –para decirlo de un modo simplificado– cada uno interpretó a la matriz de ideas liberales según un punto de vista radicalmente distinto: “El primer inconveniente que hallamos al General Mitre para ser ‘jefe de un partido liberal’, es que no entiende con precisión lo que es la libertad”⁸. Así, mientras el tucumano

⁵ J. B. Alberdi. *Bases*. *Op. cit.*, p. 74

⁶ J. B. Alberdi. *Bases*, p. 75

⁷ J. B. Alberdi. *Antología conmemorativa*. *Op. cit.*, p. 388

⁸ J. B. Alberdi. *Escritos póstumos*. [insertar referencia] T. XI, p. 350

anhelaba la integración regional, la pacificación política, la federalización territorial y la prosperidad económica armónica, el bonaerense rechazaba esas ideas, procurando defender los intereses de la provincia en la que vivía y sobre la cual mandaba en detrimento del desarrollo de las demás: “Los ‘liberales’ argentinos son amantes platónicos de una deidad que no han visto ni conocen. Ser libres, para ellos, no consiste en gobernarse a sí mismos sino en gobernar a los otros. La posesión del gobierno: he ahí toda su libertad. El monopolio del poder: he ahí todo su liberalismo”⁹. Esas particularidades de la *praxis* mitrista ofuscaron a Alberdi, obligándolo a distanciarse de quienes –al menos nominalmente– compartía su orientación política¹⁰.

IV.2. El caudillaje como mal argentino

13. La estrategia que Alberdi emplea para remarcar sus diferencias con Mitre (y sus acólitos) es la de reubicarlo en el mapa político de la época, quitándole el lugar que él creía poseer. Para ello se vale de las mismas armas que Mitre utilizaba para denigrar a sus enemigos: retomará así la famosa divisoria entre civilización y barbarie, empujando al mitrismo del lado de la barbarie que tanto detesta: “[a la barbarie] no solamente la representan los caudillos bárbaros de las campañas, sino principalmente los bárbaros letrados de las ciudades, caudillos que han eclipsado a los rurales, por sus guerras dos veces más largas, dos veces más sangrientas, dos veces más caras y desastrosas que las guerras de Rosas y Quiroga.”¹¹

14. El antagonismo entre supuestos civilizados y supuestos bárbaros es un tópico cultural argentino muy transitado, por lo que no me demoraré aquí en describirlo. En su lugar me limitaré a indicar solamente que la antinomia fue enarbolada maniqueamente durante buena parte del siglo XIX para dividir al país entre aquellos supuestos ilustrados que pretendían que el Progreso incluya a la Argentina en su marcha inexorable hacia el mejor de los mundos posibles y los que se oponían a esa decisión. Se planteó, así, que tras la

⁹ J. B. Alberdi. *Escritos póstumos, op. cit.*, T. X, p. 155

¹⁰ “Lo triste de pensar es que Mitre ha formado una generación a su imagen y a su altura, para la cual es él todo lo que hay de grande y perfecto”. J. B. Alberdi. *Escritos póstumos*, T. VIII, p. 671

¹¹ J. B. Alberdi. *Escritos póstumos, op. cit.*, T. X, p. 241

Independencia la minoría ilustrada de las ciudades y las masas ignorantes de la campaña se descubrieron movidas por aspiraciones incompatibles y tomaron caminos opuestos, deviniendo inevitablemente enemigos. De allí que la mayor parte de los liberales argentinos decimonónicos procurase injuriar a sus compatriotas que no compartían su visión del mundo, juzgándolos, principalmente, como ignorantes que pasaban sus días más cerca de las bestias salvajes que de las maravillas tecnológicas. Alberdi rechaza esa idea por maliciosa: “La localización de la civilización en las ciudades y la barbarie en las campañas es un error de historia y de observación, y manantial de anarquía y de antipatías artificiales entre localidades que se necesitan y completan mutuamente”¹².

15. Al “amo de las campañas”, es decir al gobernante de las provincias que no envidiaba la metamorfosis de Buenos Aires de aldea colonial a metrópolis vivificada por el vapor y electricidad, sus detractores lo denominaron “caudillo”. El caudillo, que durante los años de la Revolución de Mayo fue un *Warlord* que propició el triunfo bélico del criollo ante el español, se convirtió después en un obstáculo para el Estado liberal, un hombrecillo rústico, indómito, salvaje, vigoroso, viril, cruel, instintivo, brusco, tosco, diestro con el caballo pero carente de sofisticación para vestir o hablar, cuya mentalidad poco ampliada por los libros arrastraba a sus gobernados de retorno a la colonia. Por ello era un bárbaro, un extranjero que evitaba la unificación nacional (el unitarismo en realidad) y dejaba a la población argentina ubicada muy lejos del tren del Progreso.

16. Esa mitología –promocionada magistralmente por Domingo Faustino Sarmiento– fue impugnada por Alberdi. En un pasaje, el tucumano escribió: “La vida pastoril americana, según Sarmiento, es la lucha entre la ‘civilización europea’ y la ‘barbarie indígena’. Pero, ¿qué entiende por barbarie indígena? ¿La de los indios salvajes? No: la de los gauchos o campesinos argentinos que hablan español y no son otra cosa que la raza española y civilizada de los conquistadores europeos de la América salvaje”¹³. Y en otro texto Alberdi aclara el malentendido de la dicotomía entre civilización y barbarie, poniendo a

¹² J. B. Alberdi. *Obras completas*. La Tribuna Nacional, Buenos Aires, 1886, T. IV, p. 69

¹³ J. B. Alberdi. *Escritos póstumos*, *Op. cit.*, T. V, p. 300

cada cosa en su lugar: “[La división entre civilización y barbarie promovida por Sarmiento] es falsa, además de ser calumniosa. La barbarie no tiene más representantes en el país –según las clasificaciones etnográficas recibidas por el mundo civilizado– que los indígenas salvajes del desierto. Llamar bárbaros a los argentinos que habitan las campañas, que viven del trabajo rural, y cuyo origen, religión y lenguaje son europeos, greco-latinos, es cambiar el sentido de las cosas del modo más absurdo”¹⁴.

17. Cuando Bartolomé Mitre se convierte en presidente constitucional, el diario *La Nación* –órgano de prensa del mitrismo– ataca virulentamente a Alberdi. En respuesta, el tucumano anota: “declarar guerra al que piensa mal de nuestras obras y de nuestras doctrinas no es de hombres de libertad, sino de inquisidores torpes y bárbaros que no difieren en nada de los liberales Cafulcurá y Yanquetruz de la América desierta”¹⁵. Con esas palabras Alberdi no sólo señala que Mitre era un “caudillo letrado”, sino que además lo destaca como un verdadero bárbaro: no sólo un extranjero¹⁶, sino además un salvaje.

IV.3. La monarquía o el fortalecimiento institucional

18. El enfrentamiento contra Mitre lleva a Alberdi a radicalizarse políticamente. En esa radicalización aparece la vindicación de la monarquía. Dicha vindicación no significó una renuncia dogmática a la República o a la Democracia, sino que, más bien, fue el resultado de una interpretación de la realidad argentina a la luz de un pragmatismo progresista cuyo fin último suponía una reforma política que dotase al país de un orden institucional que hasta ese momento carecía.

19. Alberdi se pregunta quien es el caudillo y contesta: “Es el jefe de las masas, elegido directamente por ellas, sin injerencias del poder oficial, en virtud de la soberanía de que la revolución ha investido al pueblo todo, culto e inculto; es el órgano y brazo inmediato del pueblo, en una palabra: el favorito de la

¹⁴ J. B. Alberdi. *Escritos póstumos*, T. XI, p. 615

¹⁵ J. B. Alberdi. *Escritos póstumos*, T. XI, p. 353

¹⁶ Alberdi escribe sobre Mitre: “En Montevideo era ciudadano oriental, y fue después oficial de su ejército. [...] Años después lo vi en Chile, donde se hubiese quedado de chileno si le admiten en el ejército. [...] Nunca ha sido porteño ni patriota desde el rincón de su casa.” J. B. Alberdi. *Escritos póstumos*, T. XI, p. 414-415

democracia”¹⁷. Ante ese hombre emergido de la voluntad popular como su líder, vale decir ante el caudillo “bárbaro”, debería de oponérsele el hombre ilustrado, hijo de la “civilización” liberal y progresista. Sin embargo, como Alberdi ha descartado por falaz la divisoria entre civilización y barbarie, entonces ensaya una nueva divisoria entre orden y desorden: “Si la *democracia*, es decir el *pueblo soberano*, no puede ejercer su soberanía sino por delegados, no hay más que tres formas de delegación: o en jefes, como los *caudillos*, que representen la democracia inculta de las campañas; o en jefes como los *hombres de principios*, que no son sino los caudillos de la democracia de las ciudades; o en delegados inamovibles e irrevocables, con el título de soberanos, como ha hecho la democracia o la revolución democrática en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Grecia, en Bélgica, en Holanda, en Brasil, etcétera”¹⁸.

20. El programa de Alberdi es bastante claro: democracia profunda como modo de vida, monarquía superficial como forma de gobierno. La República es desacralizada deliberadamente: “Si la República es buena, si se está por ella, es preciso ser lógicos: se debe admitir su resultado, que son los *caudillos*, es decir los jefes republicanos elegidos entre los de su tipo, de su gusto y de su confianza. Pedir que la parte inculta del pueblo, que es tan soberana como la culta, se dé por jefes hombres de un mérito que ella no comprende ni conoce, es una insensatez absoluta”.¹⁹ El mensaje es clarísimo: no hay que “suprimir la democracia, sino suprimir de la democracia la forma por la cual su porción menos culta tiene el derecho de elegir los jefes para todo el país, entre los ciudadanos menos cultos. Esa forma es la República.”²⁰ El mal americano es la República, no la Democracia. Para acabar con el caudillismo es preciso renunciar al republicanismo.

21. Alberdi encuentra en Manuel Belgrano al antecedente más notable de su propuesta: “Belgrano quería suprimir a los caudillos sin suprimir la democracia. Su remedio era este: Belgrano quería salvar a la democracia independiente de América monarquizándola, es decir, dándole una personificación americana

¹⁷ J. B. Alberdi. *Antología conmemorativa*, op. cit., p. 525

¹⁸ J. B. Alberdi. *Antología conmemorativa*, p. 530

¹⁹ J. B. Alberdi. *Antología conmemorativa*, p. 531

²⁰ *Ibíd.*

noble, alta, digna de ella, en un jefe irrevocable de su elección, con el título de *soberano*; en lugar de tener por personificación y símbolo encarnado a los Artigas, a los Quiroga, a los Chacho, y a toda esa larga dinastía de reyes de poncho, sin corona pero sin ley, y armados de un cuchillo en lugar de un cetro.”²¹

IV.4. Un remedio perpetuo para un mal perpetuo

22. El monarquismo que Alberdi manifiesta en la década de 1860 lo incomoda un poco, pero la idea en sí misma le permite avanzar sobre una construcción política que juzga urgente para el país. “El cetro –escribe Alberdi– no es más que el recurso extremo, la tabla de salvación, la última razón empleada por la cordura de un país el día que la tempestad amenaza perpetuarse. *El cetro es la perpetuidad del remedio opuesta a la perpetuidad del mal*”.²² Como Argentina sufre la crisis institucional permanente desde 1810, lo que conviene es intentar una salida con medidas tan originales como drásticas.

23. Un poco antes de redactar su famosa retractación de sus propuestas monarquistas²³, Alberdi ya había señalado que lo que estaba intentando era promover el mal menor en la política argentina: “No propongo por esto la monarquía, no la recomiendo, no hago su apología. La explico por una necesidad de explicar la idea de Belgrano de que sus apologistas tímidos pretenden hacerle un reproche y un tilde”²⁴.

24. Si retornamos a las *Bases* y al *Sistema económico y rentístico* y nos dedicamos a leer cuidadosamente lo escrito allí sobre la autoridad máxima que debe gobernar Argentina notaremos que si bien Alberdi no es un monarquista explícito al menos es un cesarista implícito. El sistema presidencial alberdiano delinea un poder ejecutivo con una doble característica: por una parte, está

²¹ J. B. Alberdi. *Antología conmemorativa*. Op. cit., p. 530

²² J. B. Alberdi. *Antología conmemorativa*, p. 525

²³ En 1867, Alberdi escribe: “Los experimentos realizados en las dos Américas [...] han modificado profundamente mis ideas en la materia [...]. El que juzgase por ellos de mis ideas actuales, se engañaría totalmente. Creo siempre que la civilización de Sud América no ha de ser sino la civilización de la Europa aclimatada en esa parte del Nuevo Mundo; pero dudo que esa aclimatación envuelva la del gobierno monárquico.” J. B. Alberdi. *La Monarquía como mejor forma de gobierno en Sud América*. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1970, p. 535

²⁴ J. B. Alberdi. *Antología conmemorativa*. Op. cit., p. 525

dotado de efectivos y amplios poderes de gobierno, pero al mismo tiempo está circunscrito por los límites constitucionales.

25. El modelo en que se inspira Alberdi es Chile: “Chile ha resuelto el problema [de la armonía social que sólo el orden monárquico otorga] sin dinastías y sin dictadura militar, por medio de una Constitución monárquica en el fondo y republicana en la forma.”²⁵

26. El presidente en que Alberdi piensa –que luego, por unos años al menos, imaginará como un rey sudamericano– es una suerte de poder neutral pero justo. Para domesticar esa sociedad de opositores que nació en el Sur americano después de 1810 hace falta una autoridad realmente fuerte y poderosa. Dicha autoridad es un mal, pero un mal necesario, que encarna la esencia misma de la politicidad (al menos hasta que el Progreso haga superflua su existencia). El presidente o monarca alberdiano es una figura del orden, un armonizador que, colocándose por encima de los intereses facciosos, imparte justicia y logra la estabilidad, para desaparecer luego y dejar que las fuerzas sociales, ya maduras, se regulen por sí mismas. Ante la crisis y el caos permanente de la Argentina decimonónica, Alberdi soñó no con un héroe carismático que desembarcase en el poder para salvar al país, sino que propuso un hombre prudente que aceptase ser motorizador del progreso, guardián del espíritu y la letra de la Constitución, y nexos conector del círculo virtuoso entre los modos de vida profundos y los regímenes políticos superficiales.

V. Conclusión

27. A lo largo de este trabajo hemos visto de qué manera Alberdi se acerca al monarquismo cuando transitaba la quinta década de vida: Argentina había atravesado unos 50 años de conflicto político que habían provocado una intermitente crisis institucional, cuya característica más destacada fue su capacidad para efectivizar la democracia superficial y bloquear el despliegue de la democracia profunda. Ansiando encontrar una salida de esa situación, Alberdi se anima a explorar el pasado nacional para reflotar los proyectos

²⁵ J. B. Alberdi. *Bases. Op. cit.*, p. 76

monarquistas que funcionaban como una solución más factible que ideal para los problemas gestados.

28. Alberdi comprendió que la democracia es un juego –tal vez imposible– entre orden y conflicto, entre estabilidad y crisis, entre acuerdo y disenso, entre libertad individual y participación ciudadana, y trató de pensar en la figura de un árbitro que se constituyese como proveedor último de sentido, es decir buscó una manera teórica, institucional y política de suturar las heridas autoinflingidas para gobernar a una sociedad que en aquella época se percibía como incontrolable.

VI. Bibliografía

Alberdi, Juan Bautista. *Antología conmemorativa*. Honorable Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires, 2011

Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida para la organización política de la república Argentina*. Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998

Alberdi, Juan Bautista. *Escritos póstumos*.

Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998

Alberdi, Juan Bautista. *La Monarquía como mejor forma de gobierno en Sud América*. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1970

Alberdi, Juan Bautista. *Obras completas*.

Alberdi, Juan Bautista. *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*. Ciudad Argentina, Buenos Aires, 2001